

## LA «SOCIOLOGÍA DEL FRANQUISMO» REVISITADA

Amando de Miguel  
(*Universidad de Yale*)

A quien tiene por oficio ejercer una regular crítica intelectual, el hacerse la autocrítica resulta operación menos simpática, ya que inevitablemente se torna defensiva. Es sabido que el lance menos vistoso de la tauromaquia es el dontancredo. Procuraré dar, por tanto, algunos capotazos aunque sólo sean de salón en este menester de contestar explicando a mis amables críticos de la *Sociología del franquismo*.

Tendría que contar de algún modo la historia natural de este libro, bastante prosaica por cierto. No es un libro-solitario, sino que se engarza en otros que vinieron antes y algunos que vendrán después. Yo pediría a mis colegas que tuvieran esto en cuenta en su lectura crítica. El precedente inmediato es una serie de trabajos sobre la estructura social española en los que —explicablemente— quedaban faltos de un necesario análisis de la estructura política. Algo ya había hecho con Linz sobre el análisis de distintas élites, pero faltaba un estudio algo más satisfactorio sobre la caracterización sociológica del alto personal político y de su expresión ideológica. Había que delimitar el campo y escogí por razones de parsimonia científica el elenco de los ministros de Franco. No sólo por esas bien reputadas razones. Conviene hacer explícitas otras más perentorias. Hay que recurrir otra vez a la historia natural. Resulta que en 1973 se me pidió (por Juan Linz) un capítulo sobre el origen de los ministros de Franco para no sé qué *reader*. El capítulo llegó tarde, mal y nunca, y lo que es peor, se fue engordando sin querer hasta lograr la envergadura de libro. En *Blanco y Negro* publiqué un ocasional artículo resumiendo algunas de las conclusiones de tal esquisa. Resulta que el tal artículo fue leído por Ramón Serrano en el momento en que regresaba a España a hacerse cargo de la nueva Editorial Euros. Tal circunstancia precipitó —más allá de mis propósitos— el que el manuscrito pasara a la imprenta, con más rapidez de la que hubiera sido menester en un mundo habitado sólo por profesores. Sin embargo, era la primera oportunidad que se me presentaba desde la España intramuros para acometer una primera desmitificación de más de tres decenios de indiscutido monopolio ideológico. Algún cercano colega me aseguró que el libro no pasaría la censura; afortunadamente erró.

Todo libro es limitado. Déjese me decir en el caso que nos ocupa lo que pretendí hacer y lo que iba quedando por hacer. En la redacción final, de acuerdo con los propósitos del editor, mi idea fue la de escribir un libro no necesariamente para los enterados y menos aún para el círculo más restringido de sociólogos y parasociólogos.

El problema es que luego sí son sociólogos los que hacen las críticas. Es claro que se trataba de un ensayo escrito *desde dentro*, y menos justificable pero no menos evidente que se proponía dejar a un lado el caso único y decisivo del propio Franco (el bautista de toda la representación). Dicho lo cual no me queda más que confesar el pecado de vanidad del título: *Sociología del franquismo* es una expresión demasiado altisonante para tantas manquedades. Ésta es la crítica en la que coinciden muchos de mis colegas y sobre todo estudiantes. En lo que cabe una defensa, digamos, del oficio de escribir: resulta que los libros son, entre otras cosas, un medio de comunicación colectiva sometido como otros a las leyes del mercado. Una de ellas es que la presentación del libro ha de ser vendible (que no venal). Para ello el título debe de resultar atractivo. En el mundo del ensayo sociológico restallan esos títulos fastuosos de un Peter Berger como *A Rumor of Angels* (que podría traducirse por *Música celestial*) o *The Sacred Canopy* (algo así como *La bóveda sacrosanta* o *La cúpula del cielo*), que han dado la vuelta a la antaño tan prosaica sociología de la religión. Quiero decir que el título de un ensayo no tiene por qué ser un acta notarial. He de decir, además, en mi descargo que si bien la *Sociología del franquismo* resulta un volumen alicorto por su índice, el lector paciente podrá comprobar que tal enunciado se justifica un algo más si se atiende a una trilogía redactada durante los dos años siguientes, en los que los acontecimientos políticos han permitido unas dosis de tolerancia bastante estimables (todo es relativo). Puede que los nuevos títulos cojeen del mismo pie, pero ahí van: *Cuarenta millones de españoles, cuarenta años después*; *Franco, Franco, Franco*; *La herencia del franquismo*. En el primero acometo el todo ambicioso objetivo de comprender la *sociedad* en cuanto se quiso que fuera dominada por un sistema de clases e ideologías bajo el experimento franquista. En el segundo me intereso por lo que en anteriores pesquisas había resultado más inefable: la *personalidad* del dictador en cuanto transmitida en una determinada concepción propagandística. El tercer libro es una especie de revisión y síntesis de los anteriores análisis con particular referencia al funcionamiento de la política bajo el franquismo. Este último trabajo, además, se confeccionó en parte como respuesta a las críticas que en este número de *Papers: Revista de Sociología* se hacen a la *Sociología del franquismo*. Podría ser considerado, por tanto, como la revisitación que aquí habría de incluirse. Tamaña desmesura no corrige en

nada mi endemoniada grafomanía, por lo que debería poner punto final. Si no lo hago es porque debo acusar recibo de alguna manera a los estimables enjuiciamientos que me hacen aquí mis compañeros.

El escrito de Giner es el más personal y el que contiene más rotundas afirmaciones. Lo más curioso de todo es que en él habla más de sí mismo que del libro objeto de sus acotaciones. Así contrapone el «libro equívocamente llamado *Sociología del franquismo*» con los «modestos» papeles en los que él intenta explicar «la naturaleza exacta del régimen franquista». Nada menos. La verdad es que, pese al desacuerdo en el tono y profundidad del análisis, las investigaciones de Giner y Sevilla-Guzmán no difieren de los propósitos taxonómicos de la clásica formulación de Linz sobre el régimen autoritario que a su vez fue el semillero de mis propias averiguaciones. Es decir, que a los sociólogos nos gusta subrayar las discrepancias como honrado ejercicio masoquista, pero los lectores avisados luego se percatan de las muy sustanciales coincidencias que nos unen a las «escuelas» presuntamente más dispares. La prueba es que en las conversaciones privadas solemos estar más de acuerdo que en los escritos o en los congresos. La organización de la discrepancia es un poco nuestro oficio.

Giner se solaza en la crítica de lo desmesurado del título y afirma seguro que el libro en cuestión «ni tan sólo constituye un principio de sociología del franquismo». Me pregunto por qué no puede ser un honesto principio el disponer ordenadamente los criterios con los que se entienden las ideas de los colaboradores de Franco que han dedicado más tiempo a escribir. Para mí, desde luego, ha sido un estímulo para seguir investigando, como podrá comprobar Giner si me sigue leyendo. Verá, por ejemplo, que sí me he parado después a presentar la figura del propio Franco en el contexto de lo que ha sido la formulación ideológica del franquismo. Lo he hecho en la primerísima ocasión en que he podido, y aun así manteniendo algunas cautelas. Me extraña que a Giner le deje «estupefacto» el que antes de fallecido el general no me hubiera atrevido a incluir a Franco en el análisis del sistema de poder. Es evidente que uno debía de evitar tal tema si quería seguir viviendo en su país. Mártires por la sociología todavía no ha habido ninguno. Mi «endémico respeto por los datos» —como dice Giner— me lleva a no poder olvidarme de estos pesados condicionamientos de la realidad.

En último término las objeciones de Giner se reducen a que tengo que seguir investigando otros muchos aspectos que él considera importantes (y yo también). Pienso seguir ese consejo hasta donde lo permitan mis fuerzas, los datos y los hombres.

La crítica de Francisco Hernández coincide con Giner en el poco gusto que atribuye al concepto de «familia» para entender el franquismo. Por

más que lo pienso no acabo de ver qué utilidad se puede seguir de prescindir de este concepto, acuñado —dicho sea de paso— para entender otro curioso ejemplo de régimen autoritario: el mexicano. Me adelanto aquí a la objeción de Payne de que el estudio del franquismo avanzaría más de compararlo con los fascismos europeos que con los modelos más lejanos de los sistemas latinoamericanos. Es posible. Sin embargo, a mí me sigue tentando cada vez más el cotejo con el caso mexicano, consciente incluso de las profundas diferencias que le separan con el franquismo. El hecho de que algunos prominentes franquistas hayan querido y no hayan podido «mexicanizar» el régimen español es de una singular relevancia intelectual. Comprender un hecho social es dar cuenta de las diferencias específicas que lo distinguen de otros similares. La noción de «grupo de presión» no es un mejor sustitutivo de la de «familia», como sugiere Francisco Hernández, porque grupos de presión los hay en todas partes, pero la noción de «familia» política se ha empleado con éxito para describir al régimen mexicano, y yo creo que también sirve para analizar las peculiaridades del franquismo. Para empezar, es una expresión utilizada por los propios personajes de la representación franquista, lo cual proporciona una pista sobre su relevancia. De acuerdo con mi crítico en que «es siempre más significativo lo que se hace que lo que se piensa», pero casi siempre y a la larga lo que se hace de importancia es porque alguien lo ha pensado hacer. Los revoluciones y contrarrevoluciones todas han tenido su libro. No hay ideologías gratuitas.

Las observaciones de Payne son las más despegadas, sugerentes y académicas. Resulta particularmente atinada la que se refiere a la consideración del franquismo que se revela de mi libro como si fuera un «caso único» sin antecedentes ni semejantes. No creo que así sea y si mi análisis da esa sensación se debe en parte a mi ignorancia: sé muy poco de Italia, Portugal, México o Argentina, pero lo suficiente para darme cuenta de que es imprescindible ahondar en el conocimiento del fascismo, el salazarismo, la «prilatría» o el peronismo para entender lo que ha sido su pariente, el franquismo. Tales analogías no son sólo formales. De hecho los nacionalismos y autoritarismos se copian unos a otros. En ese sentido confieso que Payne tiene toda la razón al extrañarse de mi exagerada afirmación de que el franquismo es el régimen autoritario «más puro que se conoce». Este tipo de afirmaciones tan categóricas lo que esconden es ignorancia; una vez más he de reconocer la mía.

También señala Payne la ausencia de los textos del propio Franco en el análisis de los componentes ideológicos del franquismo. Ya he señalado las razones irracionales que me aconsejaron tal olvido, con más respeto por mi integridad física que por la ciencia. Con todo, tengo que recordar

un argumento bastante objetivo: el pensamiento de Franco es muy poco original, impone un sello escasamente personal, a diferencia de lo que podría encontrarse en Mussolini, Perón o Salazar. Este hecho no es sino consecuencia de otro de índole más general, que es el que me ha estimulado a mí a seguir investigando en la línea que me he propuesto, a saber, que *Franco es la consecuencia del franquismo* y no su causa como la voz abstracta sugiere. Desarrollar aquí esta idea central me llevaría a desbordar el tiempo y el espacio concedido a una revista como la que en estas páginas me ha propuesto el compilador. Realmente he encontrado excelentes y estimulantes al máximo las precisiones de mis colegas. Me consideraría satisfecho si algún lector lograra extraer savia suficiente de ellas como para alimentar el esfuerzo investigador que hace falta para explicarnos satisfactoriamente lo que significó ese longevo experimento antidemocrático que hemos dado en llamar franquismo. Yo necesito esa explicación para seguir viviendo, porque la verdad es que nací en él y no he conocido otro sistema político.

Recibo la crítica de Sotelo a ocho mil millas de distancia de mi anterior residencia en España y ocupado en entender otra sociedad que no es la mía, la norteamericana. Hace ya unos meses que escribí las otras críticas y un siglo me parece. Con tales distanciamientos difícil me parece que pueda ponerme a reflexionar otra vez sobre lo que significó hacer la *Sociología del franquismo* en su día. Una cosa tengo que agradecer a ésta y a las otras críticas: el estímulo que me prestan a seguir investigando, a continuar enfocando nuevas cuestiones, a transitar otras avenidas. La cosa resulta por otro lado agobiante, pues no para uno de terminar un libro cuando los colegas le dicen los tres o cuatro que podría hacer para rellenar las lagunas del primero.

La crítica de Sotelo me ha parecido extraordinariamente aguda y bien construida y desde luego la menos irónica de todas. Lo más atroz para mí no es su falta de ironía (cada uno que escriba como quiera), sino que no haya comprendido que yo utilizara ese arma o ese dispositivo estilístico en mi escrito. Me desespero cuando un lector me lee con la ascética frialdad que tendría un hipotético historiador del año tres mil que desempolvara los libros que ahora hacemos. Yo jamás escribo para ese antipático e hipotético personaje, sino para los lectores que conmigo padecen las miserias de este mundo. Por eso empleo tantas comillas y agoto los signos ortográficos. Ahora veo que todavía he sido escueto. Cuando hablo de la «originalidad» del franquismo tendría que haberlo escrito con más comillas y admiraciones, ya que nos faltan signos en nuestra escritura para decir las cosas con ironía. ¿Sería mucho pedir a Sotelo que me leyera sin resentimiento y con un ánimo algo más gozoso?

Coincide Sotelo con otros críticos en poner en cuarentena la calificación de «autoritario» que doy (y dan otros) al régimen franquista. La cuestión ciertamente es debatible y merece una ulterior consideración. Cada vez estoy más tentado a suponer que en su concepción ideológica el franquismo (que no fue, por supuesto, ningún invento de Franco, ni nada original) no fue sino una derivada y nacionalista versión del fascismo. El elemento «original» (vive Dios que no hay nada meliorativo en la calificación), porque así lo era el país, fue el peso tan extraordinario que se dio al elemento católico, algo inédito incluso en la Italia de Mussolini. No hay más que comparar el discurso de Mussolini después del Pacto de Letrán y la fraseología oficial española con ocasión del Concordato de 1953 y no digamos la literatura sobre la justificación de la guerra civil como «Cruzada». Tampoco es que el régimen de Franco haya sido «católico», dado que el equivalente español de la Democracia Cristiana no ha tenido más que una parcela de poder en el reparto de influencias. Se trata de un catolicismo especialmente doméstico y rústico al que yo he asimilado el adjetivo de «frailuno» que con tanta gracia empleara Menéndez y Pelayo. El «fascismo frailuno», sobre todo en sus orígenes ideológicos, sí que fue la «original» creación de una derecha más funcional que empresarial. Sobre el tema empecé algunos años a investigar con Benjamín Oltra, sin que todavía hayamos dado fin a nuestras pesquisas. Seguramente serán dos, y no uno, los libros que surjan de tal empresa: Oltra anda a la caza de los elementos prefascistas en el nacionalismo de los años 30 y yo rastreo los componentes «frailunos» de tal empeño. Si logramos documentar tales precedentes se verá muy bien, creo, que el General Franco se lo encontró todo hecho. Tenga paciencia mi colérico colega Sotelo.

De lo que sí me congratulo es de la «desazón del lector», que según mi criticante se deriva de «la dificultad de encajar el libro en un género preciso». La dificultad era bien premeditada por mi parte. Mis favoritos son siempre los libros que no tienen género preciso, los que constituyen la desesperación de los bibliotecarios. Con todo, me parece excesivo, inmerecido, el elogio que me hace Sotelo de considerarme «periodista», por lo cual lo agradezco doblemente. En cambio, no puedo menos de quejarme de su juicio sobre mi «animadversión por los *comparative studies*». ¡Caramba! Es la primera vez que oigo una cosa así. Siempre he creído que en mi formación era casi un vicio el tratar de comparar siempre la situación española con la de otros países de similares coordenadas culturales. Tengo cientos de páginas escritas en las que se intenta comparar algún dato de la sociedad española con otro de Portugal, Italia, México, etc. La verdad es que mi investigación no ha sido muy fecunda, pero lo mismo se puede decir de otros «comparativistas» tan ingenuos como yo. El vicio

de comparar no se me va a quitar y por eso ando estudiando ahora la producción ideológica USA, después de todo el centro del cual somos planetas los países periféricos. Lo que más me tienta es el estudio del sistema mexicano y algunas páginas le he dedicado, cuando tan poquísima atención ha merecido a otros colegas españoles (salvando a mi criticante y al singular libro de Marsal sobre *La sombra del poder*).

Apunto humildemente las correcciones fraternas (véase la ironía, por el amor de Dios, no se me vaya a decir que soy del *Opus* por emplear tal lenguaje) de Sotelo sobre mi mala lectura de Weber. De Weber y de tantos otros. No es la teoría sociológica mi fuerte, como es notorio.

Respecto a la tesis centralísima de la crítica (diríase que estaba ya pensada antes de leer mi libro) de que la *Sociología del franquismo* es el franquismo de la Sociología, me cabe poco que añadir. Entramos en los aspectos menos científicos de la ciencia. Siempre se puede reargüir que la crítica de Sotelo es el verdadero modelo de la sociología que se hacía en el franquismo, pero así no terminaríamos nunca. Si de lo que se trata es de purificar la disciplina con el código de que todo el que no escogió la libertad del exilio en tiempos de Franco es un franquista, pues apaga y vámonos. Honradamente a mí las cosas me parecen de otro modo. No me arrepiento de haber escrito todo lo que he escrito, autocensurado y censurado por otros, aunque, como es lógico, de volver a escribirlo lo haría ahora de otro modo. Agradezco a los dioses el haber nacido en mi tiempo y que me concedieran ese gramo de ironía que es lo único que Salamanca (mi tierra y mi gremio, por una vez en los dos sentidos) no puede prestar.